

Fernando García
José del Río y Los Endrinales
junio – julio, 2013

Si tienes limones, haz limonada. Este parece ser el pretexto que ha impulsado el trabajo reciente de Fernando García. A raíz de su último cambio de estudio, por el que pasó de trabajar en la calle José del Río, en el madrileño barrio de Urgel, a una nueva casa en el campo, situada en Los Endrinales, en la localidad de Miraflores de la Sierra, y debido también a su peculiar *maldición* de haber carecido de pueblo propio toda su vida, las decisiones, los materiales y los contenidos, impuestos precisamente por el tipo de necesidad requerida en cada momento se traducen en una nueva aproximación a la cultura y la tradición, a lo específico y a lo local. El digno acervo que constituye una parte integral de nuestros usos y costumbres dan forma ahora a esta primera muestra individual en la Galería Heinrich Ehrhardt.

Las obras elaboradas de forma rudimentaria, a conciencia, con palo, navaja, piedra y cuerda como utensilios de unión a la tierra y lo manual, componen en palabras del artista “una clásica exposición de esculturas y dibujos”. Tanto las alacenas artesanales realizadas con troncos, ramas y piedras colgantes, como los dibujos dorados de incisiones y composiciones geométricas o los aceituneros y las esculturas de botellas y latas que se reparten en esta exposición obedecen a una extensa serie de recursos prácticos y funcionales que van desde el ejercicio absorto y concentrado al éxtasis manual; de la técnica metódica a la excursión al campo; de la sabiduría popular a la reflexión sobre el tiempo.

Sin ir más lejos la necesidad que conduce ahora a Fernando García a colgar en cestas de cuerdas algunas piedras y limones en los extremos de sus alacenas en búsqueda del equilibrio y la compensación de pesos recuerda al ingenioso invento de piedras atadas con cordel a unos palos que Marcel Duchamp utilizó para sustentar el toldo que él mismo había construido en la terraza de su casa de Cadaqués a finales de los años cincuenta. Ese recurso hábil e ingenioso, puro bricolaje casero, querer simplemente mantener en pie una estructura (la alacena en el caso de García y el toldo en el caso de Duchamp) obedece a una inquietud porque las cosas funcionaran, pero al mismo tiempo y a medida que uno se adentra en esta exposición van generando un fértil juego plástico en el que los ritmos y las diferentes alturas de las piedras, sus formas y colores, su movimiento y posición hipnotizan a un espectador que en la búsqueda y encuentro de los dibujos colgados en la pared a modo de iconos bizantinos tradicionales, se topa con fantásticos limones secándose al aire, conchas y pistachos que provocan un espléndido regocijo visual.

Los bailes y los trajes regionales (chotis, San Isidro, Danzadores de zancos de Anguiano), los bodegones (Sánchez Cotán), lo tradicional, lo típico y lo costumbrista (aperitivo, aceitunas, botijos, limones, conservas en lata), así como la cultura española (Manolo Caracol, el Cantar de Mío Cid, Rafael Alberti, Ortiz Echagüez, Escuela de Vallecas) construyen al fin una forma de celebración. Una apología de la vida y sus gozos. Un gran banquete para el que Fernando García nos trae lo más rico de cada región.